
LA TRADICIÓN DEL HAIKU EN LA CIUDAD DE NUEVA YORK EN EL NUEVO LIBRO DE LA POETA PUERTORRIQUEÑA CARMEN VALLE

Marta López Luaces

Profesora de Literatura Española, Montclair State University
Escritora, editora de *Galerna: Revista Internacional de Literatura*

Carmen Valle, poeta puertorriqueña que reside en Nueva York desde hace veinte años disfruta de una larga y fructífera carrera tanto en la poesía como en la prosa. Acaba de publicar un libro titulado *Haiku de Nueva York* que retoma la larga tradición que esta forma ha mantenido en la poesía latinoamericana. Como la poeta misma nos explica en la introducción al libro, el haiku es una forma poética originaria de Japón, con una temática por lo general muy directa y en apariencia simple. En muchos casos, estos breves poemas captan un momento y describen una escena muy específica —habitualmente de la naturaleza—, ubicada en una época determinada del año. Matsuo Basho fue uno de los más destacados cultores del haiku. El haiku tradicional consta de 17 moras (unidad lingüística de menor rango que la sílaba) dispuestas en tres versos de 5, 7 y 5 moras, sin rima. Suele contener una palabra clave denominada kigo, que indica la estación del año en la que se sitúa la acción, por demás levísima. Tradicionalmente, el haiku se utilizaba para describir fenómenos naturales, el cambio de las estaciones, o algún instante del devenir de la naturaleza que llevaba al poeta a meditar en analogías más altas. Muy influido por la filosofía y la estética zen, su estilo se caracteriza por la naturalidad, la sencillez (ya que no el simplismo), la sutileza, la austeridad, y una aparente asimetría con la que el poeta tendía a confrontar el instante con la eternidad.

Muchas mujeres poetas se destacaron en el cultivo de esta forma hermética y sutil. Entre ellas, Den Sute-jo, Sonome, Shushiki y, especialmente, Chiyo, considerada la mejor creadora de haiku.

A lo largo del siglo XX, el haiku también ha tenido un gran impacto en la literatura occidental, siendo muchos los poetas de Europa y Latinoamérica que se animaron a experimentar con esta forma, culturalmente tan ajena. Entre los latinoamericanos, fue Octavio Paz quien traduciría a Basho y quien indagaría entre los nombres más consagrados de la poesía en lengua española aquellos que en algún momento de su desarrollo poético dedicaron al menos una breve instancia de su recorrido a esta forma poética: entre ellos, Paz menciona a poetas de la talla de Tablada, Rebolledo, Carrera Andrade así como a Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca, nombres que por sí mismos indican cuánto interés despertaron las formas importadas de otras culturas en algunos de los hitos más iluminadores de la tradición poética en lengua castellana: las vanguardias históricas de principios del siglo XX y esa magnífica confluencia de todas las tradiciones y todas las vanguardias que fueron los poetas del 27 español.

Como muchos de sus antecesores, Carmen Valle no sigue tan estrictamente la métrica como la estética del haiku. Así el lector de *Haiku de Nueva York* puede percibir el paso del tiempo y los cambios que traen a la ciudad las cuatro estaciones del año. Nueva York deviene así en un lugar mítico, en el que se busca un espacio propio. Es entonces que podemos escuchar las múltiples voces de la ciudad posmoderna. Escuchamos a estos nuevos sujetos, formados en un mundo global, sufrir de emociones encontradas: el deseo de mantener el individualismo como modo de vida y el de pertenecer a una comunidad con la que se puede identificar. Así, este sujeto poético, siempre acechado por la soledad y la marginalidad, se encuentra rodeado por comunidades en el que el modo de vida, muy tradicional, dicta que la lealtad (familiar, cultura, nacional, racial, etc.) es el valor con mayor importancia. Es por este movimiento que el paseo de este yo lírico

a través de la ciudad es un intento por recrear el escenario emocional del sujeto posmoderno.

Sin embargo, en estos brevísimos poemas de Carmen Valle, ese devenir no se hace obvio, sino que se sugiere a través de sutiles detalles y descripciones, como fugaces complicidades que la poeta quisiera compartir con sus lectores. Así, y a partir de una perspectiva de “afuera”, el sujeto se transforma en un espectador de esta ciudad. De este modo el espacio urbano se convertirá en un lugar donde convergen múltiples y contradictorias lecturas. De esta forma, las palabras que se refieren al espacio y al tiempo se transforman en las claves o lo que es lo mismo, el *kigo*, de estos poemas.

Así como vamos leyendo Nueva York se transforma en un motivo poético que va tomando una personalidad muy específica según avanza la obra. De este modo podemos percibir que Nueva York se vuelve espejo de una nueva sensibilidad. En la cosmología literaria de Carmen Valle se yuxtaponen diferentes registros de tal modo que parece querer recrear una visión que está, particularmente, centrada en una ciudad trascendida, en este libro, por una mitología personal en que la ciudad es el motivo recurrente en donde se proyecta el yo lírico. A partir de una perspectiva muy individual, y una voz lineal, Carmen Valle representa Nueva York como motivo que da unidad a la obra. La relación, entre el sujeto y la ciudad que la rodea, se muestra como un modo de leer el universo interior enrarecido por los cambios de la posmodernidad. Así, el yo lírico proyecta en esta ciudad su vida interior en la cual el lector puede apreciar cómo la globalización, y la transformación de las grandes ciudades por este fenómeno, ha implicado también un cambio en el sujeto cosmopolita.

Esta poeta, sin embargo, parece decirnos, que en esta ciudad donde cada barrio es un mundo muy diferente al anterior, el sujeto se siente, por eso misma diferencia, seguro: el cambio y la diferencia aparecen entonces ya no como norma o como algo extraño, sino el único espacio en el que este nuevo sujeto posmoderno puede realizarse. Es por eso mismo que, en esta obra, la ciudad aparece

como objeto deseado, con valor en sí mismo, aunque no por eso el yo lírico deja de explorar las distintas realidades y el impacto en su mundo interior y poético. Así el discurso poético aquí no necesariamente interpreta la ciudad como modo de crear ciertos límites entre yo y el otro o como modo de explorar la pérdida o sus habitantes como representantes de seres exiliados. Desde un yo que no delimita, ni impone un significado específico al espacio de la ciudad transforma el "yo" enunciativo se transforma en una metáfora de la desaparición de los límites impuestos tradicionalmente por razones de raza, cultura o idioma.

El lector se deja llevar así por la voz poética por los diferentes barrios que conforman la ciudad, con sus diversas etnias e idiomas. Parece entonces que recorriéramos no una ciudad sino las diferentes geografías del mundo.

Poemas para iniciar son aquellos que le revelan la ciudad a los que están lejos. Poemas para iniciados llamaríamos a aquellos que se tienden como un puente, como un guiño, entre la poeta y sus lectores neoyorquinos: “No ver amigos / es razón aceptable / del ocupado” o “Algunos barrios / espejo de su espejo / emiten pasaporte” produce una intimidad entre la palabra y el lector.

La tensión entre luz y oscuridad, alegría y tristeza, calor y frío atraviesa todo el poemario como antes muchos de sus pares en la tradición japonesa. Aquí la antítesis choca, conceptualmente, con la linealidad y organización de las calles de Nueva York. su lineal trayectoria para transformarse en un movimiento simultáneo donde se cruza lo recordado con lo actual. Nos sorprende la aparente facilidad con que sucesos del pasado interrumpen o, a veces lo contrario, desencadenan hechos en el presente. La instancia de lo cotidiano resulta así elevada por una mirada donde el tiempo parecería detenerse y observarse la ciudad como proyección de su interioridad.

El yo reconstruye ese espacio desde los hechos cotidianos, como centrales para el poema y así Nueva York se va transformando en un lugar mítico en el que se busca un espacio del lenguaje poético, en el que los diversos universos se en-

lacen. Sin embargo la ruptura de ese mundo mítico ocurre con el brutal acto terrorista del once de septiembre.

Para cerrar el poemario, esta poeta puertorriqueña, Carmen Valle, dedica una sección a una experiencia tan única como extrema, y tan violenta en la experiencia y en nuestra memoria que probablemente ningún haiku antes de los suyos se hayan hecho eco de tamaña tragedia. En efecto, la última sección de Haiku de Nueva York se refiere al atentado contra las Torres Gemelas y a las marcas que ha dejado en la ciudad y en la memoria colectiva. Así, el atentado ocurrido en Nueva York, el 11 de septiembre del 2001 contra las Torres Gemelas marca un antes y después, más aun, en este tiempo cíclico que Carmen Valle nos hace percibir, habría una instancia atemporal, una no-estación, una insoslayable ruptura con todo hábito posible: “Ciudad herida / un largo hilo de miedo / cruza sus calles.” Un horror que se hace palpable cuando el poema una vez llamado a cantar la caída de las flores de cerezo, dice con total crudeza: “Los respiramos / tantos incinerados / que el viento trae”. Esta ciudad dedicada a la vida, a la juventud, a disfrutar del momento, ahora está de luto.

Es como si Nueva York hubiese envejecido de golpe.

Nueva York, enero de 2009